

## Lo acumulado, ¿para quién será?

**Domingo XVIII T. Ordinario. Ciclo C**  
**Qo 1,2 - 2,21-23; Sal 89,3-6; Col 3, 1-5.9-11; Lc 12,13-21**

*En aquel tiempo, dijo uno del público a Jesús: «Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia». Él le contestó: «Hombre, ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre vosotros?»*

*Y dijo a la gente: «Guardaos de toda codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes».*

*Y les propuso una parábola: «Un hombre rico tuvo una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos: ¿Que haré?» ... Pero Dios le dijo: «Necio, esta noche te van a exigir la vida. Lo que has acumulado, ¿para quién será?». Así sucederá al que atesora para sí y no es rico ante Dios.*

**El libro del Eclesiastés** explica: *"iVanidad de vanidades, dice Qohelet; vanidad de vanidades, todo es vanidad! ¿Qué saca el hombre de todos los trabajos y preocupaciones que lo fatigan bajo el sol? De día su tarea es sufrir y penar, de noche no descansa su mente. También esto es vanidad. Nada nuevo hay bajo el sol; nada merece la pena en esta vida" (Qo 1,2.9).*

El nombre de este libro procede de las palabras que lo encabezan: "Palabras del Cohélet, hijo de David, rey de Jerusalén" (1,1). La palabra hebrea Cohélet, que las versiones han traducido por Eclesiastés, significa predicador o portavoz del pueblo. "Todo es vanidad, vaciedad", esta afirmación es la tesis de todo el libro y subraya la vaciedad o nulidad de todas las acciones humanas; "vaciedad", que literalmente significa vapor o aire, es una de las imágenes con que la Biblia resalta la caducidad de las cosas humanas. Este pasaje de hoy analiza el sentido del trabajo del hombre.

La forma literal del texto, "vanidad de vanidades" es un superlativo típico en hebreo: significa por tanto "vanidad, vaciedad absoluta" y en sentido figurado, que es el que aquí prevalece, "decepción suprema". El hombre se encuentra, después de todo decepcionado por todo aquello por lo que había luchado o trabajado, desconfiado de todo. Así el propio autor, el Eclesiastés, dice que es el libro más pesimista de toda la Biblia. Parece radicalmente convencido de que su existencia es un caminar sin sentido. Toda tentativa por superar el vacío con las propias fuerzas está destinada al fracaso. Lo que llamamos éxito es algo muy relativo; el concepto de "éxito" supone que continuamente hay que luchar y trabajar. Además no se puede hablar de éxito desde el momento en que el hombre no puede dominar la muerte. Sólo el dominio sobre la muerte sería un verdadero éxito y daría sentido al trabajo. En este grito de pesimismo se puede descubrir un aviso importante, el autor recuerda que hay que tomarse en serio el sentido de la vida y del trabajo. El corazón del hombre experimenta un deseo de absoluto que nunca llega a satisfacer eso es expresión de la limitación humana. La vanidad es el desconocimiento de los límites y equívocos que se imponen al esfuerzo del hombre; la vanidad es la locura humana que no cuenta con la muerte y se encuentra brutalmente ridiculizado por ella. El hombre se erige con frecuencia en la medida de la cosas y olvida que la existencia se le escapa. Se refugia en seguridades ilusorias. Sólo si sabe mirar de frente la realidad encontrará un modo de vivir con rectitud.

Este libro presupone la crítica de Job; pero mientras éste se preocupa por el justo que sufre, el Cohélet -algo más tarde, quizás un siglo- se inquieta por los impíos que, a pesar de su vida pecadora, viven llenos de prosperidad. A partir de este hecho innegable, que muchos pecadores viven mucho más tranquilos y felices que muchos justos, el Cohélet, revisa las nociones tradicionales de felicidad y bienestar y el sentido de la vida inculcado por los convencionalismos imperantes. Afirma la vaciedad de todo lo que los hombres afanosamente persiguen como si de ello les dependiera la felicidad y la suerte eterna. Dios dirige el sentido de la historia; todo es don divino, hasta el comer, beber y disfrutar del trabajo (2,24), pero el hombre no sabe captar este sentido profundo de la historia.

Con todo, este predicador no es sistemáticamente escéptico y mucho menos agnóstico. Cree sinceramente en Dios, proclama que no le podemos exigir cuentas de sus decisiones (3,11.14;7,13), que hay que obedecer sus mandatos y reverenciarlo (5,6;8,12-13) y que, como decía Job, hemos de aceptar tanto las alegrías como las penas que vienen de su mano (7,14). Exhorta a disfrutar moderadamente de las alegrías de la vida, dando a Dios gracias por ello, pero sin poner en ellas

demasiado entusiasmo, por cuanto son fugaces y no procuran la verdadera felicidad. Aquí está la actualidad del mensaje del Cohélet; hace revisar las motivaciones, las aspiraciones y el sistema de valores de la sociedad de consumo en que estamos inmersos. Así, aunque no proclama el camino de la vida eterna y de la plena bienaventuranza que un día enseñará Jesús, prepara la revelación evangélica.

**El Salmo responsorial** exclama: *“Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación. Tú reduces el hombre a polvo, diciendo: «Retornad, hijos de Adán» Mil años en tu presencia son un ayer, que pasó; una vela nocturna”* (Sal 89,3-6).

**El Apóstol San Pablo exhorta a los Colosenses:** *“Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra... Despojaos del hombre viejo, con sus obras, y revestíos del nuevo* (Col 3, 1-5.9-11).

Con esta perícopa se inicia la sección parenética de la carta; se abordan temas de la ética y moral cristiana; el fundamento de la conducta cristiana se halla en la vida nueva del hombre en Cristo, Muerto y Resucitado por todos. El cristiano ha de reproducir la imagen del Resucitado en su conducta de todos los días. Es "conocerlo" "estar en Cristo", unidos con El, ser miembros suyos, todo esto tiene exigencias no exactamente morales, sino ontológicas.

Con sus exhortaciones morales prepara el gran cambio que conlleva el paso del hombre viejo al nuevo; si el cristiano sigue siendo y viviendo igual que si no tuviera fe está traicionando lo propio del hombre nuevo: la vida nueva. Vivir como creyentes, es vivir siempre en novedad; es la transformación del bautismo, que implica un nuevo comienzo. El hombre llega a ser un nuevo hombre, un nuevo Adán (1 Cor 15, 45), una nueva imagen de Dios (Col 1, 15); el hombre encuentra en Cristo su verdadera humanidad. Por eso ya no tiene sentido la diversidad de razas, de formas de ser o pensar, ya que todo es Cristo. Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, circuncisos e incircuncisos, bárbaros y escitas, esclavos y libres, porque Cristo es la síntesis de todo y está en todos". Lo que Qohélet ansiaba (1ª.lectura) se hace realidad en el hecho de Jesús: él asocia al que cree en él a una novedad radical. El que aún no se ha dado cuenta de la novedad de su propio bautismo es como un cristiano de alma vieja. Si es que aún no hemos experimentado esta novedad es porque tal vez aún no nos hemos decidido a romper con las obras de la vieja condición humana. Todo lo que significa romper y rasgar produce dolor; pero es la única forma de crear la vida.

El hombre viejo es el que no se ha desprendido de las afecciones humanas, sigue apegado a las cosas de abajo. El hombre nuevo es el que se ha renovado, abierto a la acción del Espíritu, que ha renacido en agua y espíritu a las cosas de arriba y vive la ética emergente de la fe, firme, duradera y consistente, y respira la vida nueva del hombre en Cristo. San Pablo exhorta a aspirar a las cosas de arriba, es decir, una vida renovada en Cristo Jesús y en oposición a las cosas de abajo; no se trata de una depreciación de las llamadas "realidades terrestres", sino que, precisamente, por el triunfo de Jesús, hasta lo terrestre adquiere sentido, pero en el mismo Jesús.

El Apóstol proclama abiertamente que hemos sido rescatados de la esclavitud de la ley y constituidos hijos de Dios (Gál 4,1-9). La salvación en Cristo, al hacernos hombres nuevos, nos hace también hombres libres e iguales, ya no hay diferencias. Y, objetivamente, ésta, no hay otras, es la única y auténtica libertad: la que Cristo nos ha reportado. De modo que, la libertad es el principio regulador de toda conducta humana. Así pues, seremos plenamente libres, si hacemos el bien en fuerza de un dinamismo interior y no simplemente, porque hay una ley que desde fuera nos lo ordena. Sólo es auténticamente libre el que puede regalar su libertad.

**El santo evangelio según San Lucas** (12,13-21) plantea el asunto de la riqueza a través de una discusión, por una herencia, tan corriente en las familias y entre hermanos. Nos recuerda la obra de Hesíodo, "Los trabajos y los días", que parte de un litigio parecido. Jesús rehúye la cuestión finamente y, aprovechando la oportunidad, propone una parábola, que especifica su enseñanza certera sobre la codicia y la riqueza.

La parábola expone la relación que debe tener el hombre con las cosas, con el ser y el tener. En apariencia el rico se comporta como un administrador sabio y prudente, pero ser rico ante Dios significa buscar el reino de Dios, aceptar su voluntad, entrar en comunión con Cristo.

Se aprecia en la parábola la tremenda soledad de ese hombre, rico y avaro; es, sin duda, un aspecto enormemente lastimoso y terrible. Vive aislado y solo, únicamente se tiene a sí mismo y su cosecha, su compañía es la zozobra y la inquietud por los dineros y el modo de custodiarlos. Cuenta y sopesa su renta, le preocupa la cantidad, lo sofocan las previsiones y su conservación. Está obnubilado, su objeto e interés son atesorar y acumular los bienes materiales. Su corazón sólo ve el dinero y su acopio. Se ha identificado con sus posesiones y riquezas. Ya no es hombre, es su cosecha. Está vacío, su vida es el haber. La codicia no sólo es incapaz de hacer vivir más o menos, sino que además incapacita para el desarrollo de las propias capacidades. Jesús resalta la primera: la capacidad de relación con Dios. Matando esta capacidad, la codicia mata al propio codicioso.

La riqueza exige reparto, justa distribución y comunicación; existe en relación a los demás, requiere el acto libre y equitativo de compartirla con los otros, en el desprendimiento y el despego del alma. Por eso, el Maestro en el esencial Sermón del Monte declara: "Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos (Mt 5,3). Frente a ello, el acumular, conservar, proteger, atesorar, guardar y esconder cosas es la necedad que acarrea la desdicha, la infelicidad y la pérdida. Poner el alma en el dinero, como dice San Pablo, "es una idolatría", es adorarlo, divinizarlo, hacerlo el dios Machón, por tanto "enterrad todo lo terreno. En lugar de un medio, para servir, compartir, ayudar y vivir, se convierte en objetivo único, en fin primordial, que somete, esclaviza; lo sacrifica y arruina todo y a todos. Este, al que se llama necio, se olvidó de la inexorable muerte. Pero es que, ya, mucho antes, andaba muerto. Lo mata la ambición del tener y poseer, su egoísmo lo deja sin futuro, no sabe que la seguridad y la vida se hallan en dar, en entregar, en compartir y comulgar con el prójimo. Por la posesión de un poco, lo pierde todo.

El cristiano es un expropiado total de todas las cosas, porque es dueño y amo de todo. Las cosas aprisionan, los objetos mundanos reducen las dimensiones de nuestro corazón, que se empequeñece y empobrece y se cierra con aquello a lo que se repliega. La posesión es sobre todo limitación de libertad. La avaricia es la falsificación de la propia vida, pues las cosas no se dejan atrapar, de ahí que al identificarse con la posesión, se produce el vacío y al llegar la hora final, quedan allí. La cosa, escapando de sus manos, persiste, con tozudez, «ajena» a él, aunque la apriete y retenga, precisamente porque pretende cogerla y retenerla, huye, se ríe burlona y queda intacta, intocable. Siempre lo dejará insatisfecho. A pesar de sus planes, él se va en breve y sin previo aviso, ¿para quién serán?

La tierra pertenece a los «mansos», a aquellos que nada reivindicán. La idea que presenta hoy el Maestro es ser rico o pobre ante Dios. Es pobre ante Dios el que almacena dineros para sí, negado a los bienes del Reino y al compartir con los demás; es rico, en cambio, el que pone su corazón y su vida centrados en Dios y dedica al servicio de los demás lo mucho o poco que tiene, su abundancia o su escasez. El desprendimiento de lo terreno lleva a visualizar lo invisible, descubre el secreto de la naturaleza, el gozo del hombre y del riachuelo, de la poesía y la felicidad, la contemplación de la simétrica creación. Es el signo de la liberación en la alegría, liberada de angustia.

El cristiano, frente al usurpador avaro que busca la seguridad en los bienes terrenos, es el hermano, el contemplativo, el hombre de la amistad y del encuentro, que entabla y pide "comunicación". No vive y se detiene en las cosas, no se cierra, no acapara y rechaza; muy al contrario, se abre a la verdad de las cosas, avanza, se entrega, da y comparte, contempla y ama. Reside en la alegría de dar.

Camilo Valverde Mudarra